

...penosamente. Sufría, como con que se le traxen...  
 Por sus instintos de benevolencia...  
 ...dalturas...  
 ...tanto...  
 ...que entraron...  
 ...reteniéndose...  
 ...en francés...  
 ...Volney...  
 ...Fosados...  
 ...necesidad...  
 ...que el...  
 ...sido...  
 ...sidos, rodos y...  
 ...por la bajo, por lo alto, rozando la tierra ó salvando las cimas, sin hundirse en los hoyos ni enredarse en las zarzas, ni pedir otra cosa á los mil asuntos que desflora, que la diversidad y la alegría de su aspecto.

Así dotado y dispuesto, estaba fabricado para un régimen que reunía á los hombres diez horas cada día; si naturaleza imata hallóse de acuerdo con el orden social para hacer perfectos los salones. El rey daba el ejemplo, al frente de todos. Luis XIV había tenido todas las cualidades de un dueño de casa; el gusto de figurar y el de la hospitalidad, la condescendencia y la dignidad, el arte de salvar el amor propio de los demás, y el de conservar el puesto que le correspondía, la noble galantería, el tacto, y hasta el atractivo del ingenio y del lenguaje. «Hablaban perfectamente», dice M<sup>o</sup> de Caylus en sus *Recuerdos*, p. 105, «era conveniente una chispa, si decía algunos cuentos, si se dignaba relatar un cuento, hacíalo con infinita gracia y en una forma fina y noble que en nadie he visto otra que en él.» «Nadie tan naturalmente cortés como él», dice Saint-Simon, XII, 461, «ni de una política tan mesurada, tan progresivamente persuasiva, ni que distinguiera mejor entre las edades, el sexo y la categoría, en sus contestaciones y en sus maneras.» Sus cortesías, más ó menos acentuadas, aunque siempre ligeras, revestían una gracia y una majestad incomparables. Era también en la manera de acoger de diferente modo los saludos al frente de las filas del ejército y en las revistas. Pero particularmente para las mujeres, no habia nada comparable. «Norma pasó ante una toca sin quitarse el tocado», según se cuenta.

...de alguna de las mujeres de cámara...  
 ...Jamás le ocurrió decir á...  
 ...ni nada que estuviese fuera...  
 ...sino que, muy al con...  
 ...gestos, su andar, su...  
 ...todo era mesurado, decente...  
 ...y, con todo, sumamente...  
 ...con arreglo á él se si...  
 ...hasta el fin del antiguo ré...  
 ...alguno cambio es sólo para...  
 ...sociedad aún. En el siglo XVIII, excep...  
 ...los días de gran gala, se le ve descender de...  
 ...grada por grada. A su alrededor no se...  
 ...aquel silencio en el cual puede «oirse el...  
 ...de una hormiga. «Señor,—decía á Luis XVI el...  
 ...de Richelieu, que habia pasado sucesiva...  
 ...tres reinados,—en tiempo de Luis XIV...  
 ...no se osaba decir una palabra; durante el de...  
 ...Luis XV se hablaba en voz baja; en el de V. M., se...  
 ...habla en alta voz.» Si en ello la autoridad pierde...  
 ...cambio, gana la sociedad; la etiqueta, insensible...  
 ...mente, suaviza, deja paso á la comodidad y á la sa...  
 ...satisfacción. En lo sucesivo, los grandes, importándoles...  
 ...menos el imponerse que el agradar, se despojan...  
 ...de la gravedad como de un traje incómodo y ridícu...  
 ...lo, y van en busca de los aplausos con preferencia...  
 ...á los respetos. «Ya ni siquiera basta el ser amable,—...  
 ...dice el duque de Levis, p. 321,—sino que es...  
 ...necesario parecerlo á toda costa á los ojos de sus...  
 ...inferiores, lo mismo que á los de sus iguales.» Y...  
 ...aunque durante la época de Luis XIV, y hasta en la...  
 ...de Luis XV, los reyes conservaban la arrogante ac...  
 ...titud real, cosa que puede verse en la *Memoria* de...  
 ...Alfieri, I, 438, 1768, al decir que: «Aun cuando...  
 ...prevenido de que el rey no dirigía la palabra á los...  
 ...extraños ordinarios, no pudo digerir la mirada de...  
 ...Júpiter Olímpico con que Luis XV media de alto á...  
 ...bajo con una mirada impasible al hombre que se le...  
 ...presentaba; mientras si se presentara una hormiga...  
 ...á un gigante, éste; al mirarla, sonreiría, ó diría tal...  
 ...vez: «Vaya un animalito! ó, por lo menos, si se...  
 ...miraba á sí mismo, su cara lo diría por él;» á pesar...  
 ...de eso, decimos, «los príncipes franceses,—según...  
 ...la señora Genlis, en sus *Recuerdos de Filicia*, p. 160...  
 ...se acuerden de miedo de ser poco atentos.» Hasta...  
 ...alrededor del trono, «el trono es libre, juguetero,»...  
 ...y bajo la sonrisa de la joven reina, la corte sería y...  
 ...simplificada de Luis XIV, se encuentra, al terminar...  
 ...el siglo, en el más persuasivo y alegre de los salo...  
 ...res. Por esta petención universal hízose perfecta la...  
 ...de sociedad. «Quien no vivió antes de 1789,—...  
 ...dice más tarde M. de Talleyrand,—no conoce la



Li. Miralles, Union 17.

LA MODA EN 1789.

M. Solís-Sagaldú, Editor

dulzura de la vida.» Era sobrado grande; no se saboreaba otra; absorbía enteramente al hombre. Cuando el mundo tiene tales atractivos, no se vive mas que para él.

## II

No se tiene lugar ni ganas de otra cosa, ni aún para las que más interesan al hombre, los negocios públicos, la hacienda, la familia. Dije ya, que se abstienen de tomar parte en aquellos y que les son indiferentes; local ó general la administración está fuera de su poder y ya no les interesa. Cuando de ella se habla es por burla; los acontecimientos más graves son objeto de chiste. Después del edicto del abad Terray, que hizo quiebra de la mitad de la renta, un espectador, que en el teatro estaría harto apretado, exclama: «¡Ah! ¡qué desgracia que nuestro buen abad Terray no se halle aquí para reducirnos á la mitad!...» y se ríe y se aplaude, y al día siguiente, todo París se consuela de la ruína pública con la repetición de esta ocurrencia. Casamientos, batallas, contribuciones, tratados, ministerios, golpes de Estado, toda la historia del siglo se halla en canciones y epigramas. Un día, en una reunión de jóvenes cortesanos, como se refiriera el epígrama del día, uno de ellos reventando de risa, exclamó levantando en alto las manos: «¿Cómo no alegrarse de los grandes acontecimientos y hasta de los mismos trastornos que inspiran tan divertidos epigramas?» Un mes después del decreto expulsando á los jesuitas, aparecían miniaturas de ellos en cera que tenían un caracol por pedestal, «por medio de un bramante (como puede verse en Bachaumont I, 136), se hace meter y salir la miniatura en la concha del caracol. Este juguete ha producido un verdadero furor, no hay casa que no tenga su jesuita.» En este punto se recuerdan los equívocos y las canciones compuestas á propósito de todos los desastres experimentados por Francia. La canción relativa á la batalla de Hochstaedt, pareció mala y hubo quien dijo á este propósito: «Estoy pesaroso de la pérdida de esta batalla; su canción no vale nada.» En cambio, la canción sobre la de Rosbach, es deliciosa. Aun prescindiendo en este carácter, de lo que tienen de exagerado, el arrebató de la fantasía y lo licencioso de la paradoja, se observa el sello de un siglo en el que casi nada era el Estado y en que la sociedad lo era casi todo. Fundándose en este principio, puede imaginarse la clase de talento que el mundo exige á los ministros. Como puede verse en la *Correspondencia secreta*, por Metra, Im-

bert, etc., V, 277, (17 nov. 1777) y en la *Princesa de Babilonia*, de Voltaire, habiendo dado M. Necker una cena espléndida con acompañamiento de ópera seria y ópera cómica, «encontróse con que le dió más crédito esta fiesta y más favor y estabilidad que todas sus operaciones financieras... No se habló más que un día de la disposición relativa á la vigésima, al paso que aún ahora se habla de la fiesta que dió y que en París lo mismo que en Versalles, se detallan todos sus atractivos y se dice en alta voz que M. y Mme. Necker son personas admirables y deliciosas en sociedad.» La buena compañía que se divierte impone á la gente que tiene algún cargo la obligación de divertirla. De lo contrario estaría tentada á decir como Voltaire entre serio y zumbón «que los dioses no instituyeron los reyes sino para dar fiestas diariamente á condición de que sean variadas; que la vida es sobrado corta para invertida de otro modo; que los pleitos, las intrigas, la guerra, las disquisiciones religiosas que consumen la vida humana, son cosas absurdas y horribles; que el hombre sólo ha nacido para gozar,» y que entre lo necesario, necesario es poner en primera línea lo «superfluo.»

Por esta cuenta, puede ya conocerse que serán tan poco cuidadosos de sus asuntos privados como de los negocios públicos. Hacienda, administración de bienes, economía doméstica, todo eso es á sus ojos burgués y á mayor abundamiento, insípido; son cosas de intendente y de mayordomo. ¿Qué placer gustaría uno si debiera tomarse tales cuidados? La vida no es ya una fiesta desde que hay necesidad de vigilar sus preparativos. Es necesario, que la comodidad, el lujo, el placer, manen espontáneamente y vayan á colocarse por sí mismos al alcance de los labios. Es necesario que de una manera natural y sin hacer nada para conseguirlo, un hombre de semejante sociedad halle oro en sus bolsillos, elegantes trajes en su tocador, criados empolvados en su antecámara, una carroza dorada á su puerta, una delicada comida en su mesa, y que pueda reservar toda su atención para prodigarla en deferencias para con los que son visita de sus salones. Semejante aparato no marcha sin despilfarro, y los criados entregados á sí mismos, hacen su agosto. ¿Pero qué importa mientras presten sus servicios? Por otra parte, necesario es que todo el mundo viva, y es grato ver en torno de sí fisonomías contentas y obsequiosas. Por esta razón las primeras casas del reino están entregadas al pillaje. Un día de caza, teniendo Luís XV á su lado al duque de Choiseul, le pregunta cuanto le parece que costará